

Los Adelantados de Canarias

Don Alonso Fernández de Lugo

I ADELANTADO DE CANARIAS

I

“Quien lanza sabe mover, ella le da de comer.” Según afirma el carmelita fray Manuel de la Fuente, en la dedicatoria de su obra a la señora doña Porcia Magdalena de Lugo, duquesa de Terranova y princesa de Ascoli, éste fue el lema que escogió para su escudo de armas don Alonso Fernández de Lugo, adelantado de Canarias y jefe de la conquista de las islas de San Miguel de la Palma y Tenerife.

Si es cierto lo que el nombrado autor indica, hay que convenir en que Lugo estuvo harto discreto en tomar para timbre de su escudo un brazo armado que blande una lanza con el lema que queda expresado, porque si los signos de la Heráldica no han de ser mero capricho del dibujante sino símbolo de una idea, nada sin duda más gráfico para denotar que todo lo que fue debiólo a su ánimo esforzado.

Como se verá en este modesto estudio, Alonso Fernández de Lugo sólo heredó de sus mayores lo ilustre de su prosapia. La posición que tuvo, cuanto fue, en una palabra, alcanzólo en fuerza de su talento, valor y la madre fortuna, imprescindible factor de toda humana gloria. Seguramente, sin tales cualidades, Lugo no hubiera pasado de ser un soldado valiente, temerario quizá, pero en su marcha no hubiera dejado huella de su paso, porque en el siglo XVI el valor temerario no era en España cualidad singular. Pero ya que del ábolengo nada otra cosa obtuviera que lo preclaro del linaje, permítame el lector le lleve por breve rato al campo de la Genealogía, aunque poco aficionado sea a sus marañas y enredos, pues no estará demás que en este caso conozca el tronco de donde saltó esta astilla que tantas otras arrancó en su constante rebotar.

II

Allá por la mitad del siglo VIII, los amores o las brutales pasiones de un Rey—pues de todo pudo haber dados los tiempos y costumbres—, dieron origen a un linaje sobre el que el Hacedor Supremo echó su bendición poco menos fecunda y prolífica que la otorgada al del patriarca Abraham, pues si el de éste pobló la tierra prometida, del de don Fruela I o don Frolla y su amante doña Ermesinda, hija del conde gallego don Bermudo Romaiz, también pueden presentar numerosos ejemplares todas las na-

ciones de las razas latina y germana, porque el fruto de estos amores, don Ramón Bermuiz, al casar con doña Teresa Arias, forman uno de los troncos oficiales, por decirlo así, de donde arrancan infinitas familias de la Nobleza española y extranjera.

Cuentan los genealogistas arcaicos que don Rodrigo Romaiz, hijo de los anteriores, casó con la infanta Milla, hermana de Egeberto, rey de Inglaterra, los que procrearon al infante Bahamonde, cuyas legendarias hazañas, entre las que se cita la famosa de los peces, llenan las crónicas y cancioneros, siendo descendientes de otro matrimonio del don Rodrigo Romaiz, Lope Pérez de Lugo, gran privado de Alfonso X, e hijo de este príncipe el famoso alcaide de Lugo don Rodrigo López de Lugo, adalid que aun después de muerto quiso mostrarse fiel a su cargo y a su Rey (1).

Pero a la prole de este legendario guerrero no le bastaron ya las escarpadas montañas de Galicia y Asturias para campo de sus hazañas. Las ballestas y trompas guerreras habían fijado las fronteras en las mesetas de Castilla, y Alvaro Yanez de Lugo Bahamonde, nieto de este famoso alcaide, trajo la raza a la región castellana fundando la casa de los Lugo de Medina del Campo, rica en bienes, títulos y señoríos, sin que tanta grandeza le pudiera librar de la justicia real en su ancianidad (2).

Rodrigo López de Lugo, hermano del anterior y nieto segundo del alcaide ya citado, aun no se sintió lo bastante aventurero para dejar sus lares y señoríos del castillo de la Mota de Fallarés y heredamientos de Bahamonde; pero a su hijo Pedro Fernández de Lugo, casado en sus montañas con María Gutiérrez, el eco de las guerras andaluzas sacóle de sus guaridas y se estableció en Sevilla, donde fundó casa noble y heredada, siendo su hijo Pedro, casado también en Sevilla con Inés de las Casas, el padre de don Alonso Fernández de Lugo, personaje objeto de estas líneas, al que no bastándole ya las regiones del norte y centro de España, ni la extensa Andalucía, para campo de su actividad, con sus parientes y allegados arrojóse al mar para llenar nuestras islas y la costa africana de sus proezas, y que de ella partiera su descendencia a las Américas, y para decir al mundo de todo lo que era capaz una raza constante y valerosa que había de librar la vida y buscar la hacienda con la punta de la lanza. Veamos, pues, como él la supo manejar y como ella le dió de comer.

III

Aunque a la ligera y a grandes brochazos delineada ya la prosapia del primer Adelantado de Canarias, intentaré ahora esbozar su figura y darle forma, trayendo de los distintos campos en que se movieron sus aptitudes los materiales que me he podi-

(1) A este célebre alcaide se le conoce en la historia por "el del ataúd". Cuando fue nombrado alcaide de la ciudad y fortaleza de Lugo, hizo el pleito-homenaje en manos de Arias Pérez y del duque don Fadrique; al morir, después de cuarenta años que ejercía el cargo, ordenó pusieran su cadáver en el féretro con las llaves en la mano, y que no se le enterrase interin el Rey no le levantara el pleito-homenaje, ceremonia que realizó por mandato del Sobenano Ruy Lorenzo de Guadaluja, a los treinta días de muerto el alcaide.

(2) El cronista don Luis de Salazar y Castro dice, con Hernando del Pulgar y Zúñiga y Garibay, que a este caballero, a pesar de sus méritos y servicios, la mandaron decapitar los Reyes Católicos porque dió muerte a un escribano que se resistió a otorgar una escritura que pretendió le hiciera.

do proporcionar, a fin de hacer destacar su imagen en el gran cuadro de la Historia, con las perfecciones y lunares que le distinguieron, porque si recomendable es el pintar como debieran ser los hombres constituídos en altura, no lo será menos el exponerlos al examen de vistas atildadas como fueron en verdad.

Nada más errado en los críticos que el querer juzgar a los hombres fuera de la época en que vivieron, porque con ello, tras no acertar en el juicio, sientan plaza de no saber que de los tiempos es propia condición la de mudar. Para acertar, pues, en la crítica que hagamos sobre personajes de edades pretéritas, debemos transportarnos a ellas con la mente, asimilarnos las ideas y costumbres que las informaron, y luego, con razón serena y honradez en el corazón, sentenciarlos en justicia.

Esto sentado, no hay duda que para formar un juicio crítico de Fernández de Lugo, se debe tener muy en cuenta lo que en materia de ideas y costumbres fueron los fines del siglo XV y los comienzos del XVI, pues es sabido que durante esta época tocóle describir su órbita a este cometa; y si bien al chocar con la eternidad ha ya cosa de cuatro centurias que se sumergió en la nebulosa, todavía agítanse en el espacio los fragmentos de sus obras, con las cuales, y evocando su espíritu como el profeta, pretendo levantar su figura.

Toda época de transición por ser laboriosa es fecunda en acontecimientos; en todas ellas un pueblo, una raza, un número determinado de personas parecen recibir la misión de iniciar el movimiento y darle impulso. En el paso de la edad media a la moderna tocóle a nuestra España llevar el estandarte, como es sabido, y la epopeya a que se dió cima en Granada extendió su esfera de acción a las regiones que en medio del Océano yacían sentadas a la sombra de la barbarie y de la muerte; parte de ella fueron las conquistas de las islas de San Miguel de la Palma y Tenerife, las que dieron a los Reyes Católicos el título efectivo de reyes de Canarias, y empresa gloriosa que intentó y llevó a término feliz Alonso Fernández de Lugo, en quien resplandecían grandes dotes para acometerlas.

IV

Aunque no sea cierto que el Adelantado de Canarias hizo su estreno en las armas en la guerra de Granada, según dicen la mayor parte de los historiadores, no estará fuera de camino el suponer lo hiciera peleando con los moros en la continúa batalla que en la región andaluza, de donde era natural, como fronteriza, tenía que sostener a diario con los hijos del Profeta. Pero sea del caso lo que fuere, es lo cierto que ya por los años de 1472 a 79 hacía papel distinguido en la conquista de la vecina isla de Gran Canaria, porque en ella con título de capitán obtuvo el mando de una compañía y el del ala derecha del pequeño ejército conquistador en la batalla de Guiniguada, y que con el carácter de sujeto principal le vemos formar parte de la célebre junta habida en la torre del Real de Las Palmas, bajo la presidencia del obispo don Juan de Frías, y cuya deliberación dió por resultado, como es sabido, el oponerse a que desembarcara nuevamente el general Rejón, a quien había residenciado y remitido preso a España Pedro de Algaba.

Pero donde más se acreditó de valiente y estratégico el futuro Adelantado de Canarias, fué en el atrevido golpe que dió en unión de su amigo Hernán Peraza, haciéndolo prisionero en su mismo palacio de Gáldar al guañarleme de esta parte de Gran Ca-

naría, Tenesor Semidan, acontecimiento tan sentido por los naturales del país que bien podemos decir que a él se debió la rendición de la isla.

De la parte que Alonso Fernández de Lugo tomara en la trágica muerte de Pedro de Algaba, casi nada nos dice la Historia; pero en ese poco que nos deja vislumbrar manifiesta lo bastante para conocer se inclinó al bando que se oponía a la injusticia, puesto que ligado a Algaba por la afinidad de concuñado, unido a los hijos de este desgraciado caballero, que él consideraba sus sobrinos por serlos de su mujer, reclamó su sangre ante los Reyes, teniendo la satisfacción de ver relevado del mando de la conquista al hombre que, por vengar su orgullo herido, no dudó bañar sus manos en sangre inocente, con apariencias de justicia, sangre que al fin cayó sobre él con muerte obscura y violenta en una playa desierta de una pequeña isla de señorío.

Ya sabemos que cuando la Providencia da un decreto, los hechos se encadenan y entrelazan de un modo admirable al fin determinado. Al llegar a noticia de Fernández de Lugo la trágica muerte, con o sin alevosía, de su enemigo Juan Rejón en las playas de Hermigua de la Gomera, ¿cómo podría imaginarse que este hecho habría de influir en sus destinos? ¿cómo pudiera pensar que suceso tan trágico y censurable habría de abrirle camino a la fama póstuma y al tálamo? Y, sin embargo, así fué. La muerte de Juan Rejón, a quien los Reyes Católicos habían concedido la conquista de La Palma y de Tenerife, dejóle vacante la empresa, y esta misma muerte fué la causa de que Hernán Peraza llevara en penitencia la mano de doña Beatriz de Bobadilla, que asistiera a la conquista de Gran Canaria, que ayudase a Fernández de Lugo a cautivar al guanaterme de Gáldar, y que por fin fuera el medio de darle al amigo, andando el tiempo, nuera y mujer. Sin este hecho no hubiera pasado Fernández de Lugo de la generalidad de uno de los tantos conquistadores que en el país fundaron casa y familia; pero no nos llamen la atención las consecuencias felices de esta trágica muerte en la fortuna del primer Adelantado de Canarias, porque ya tendremos ocasión de apreciar lo que influyeron en su destino otras al parecer, más insignificantes causas.

Después de una resistencia heroica, el pueblo canario, vencido del infortunio y de los ruegos de su antiguo guanaterme, ya capitán del ejército español, depuso las armas, y las tropas conquistadoras pudieron cantar el Te Deum de victoria en 29 de abril de 1484, recibiendo de los Reyes Católicos el general Pedro de Vera la facultad de repartir la tierra entre jefes y soldados, según su mérito. Razones de congruencia determinaron el sitio en que se habría de heredar al valiente Fernández de Lugo; la cuantía señalaron sus merecimientos. Así, pues, como el campo de su gloria fué la Alcaldía de Agaete, allí dióle Vera extensa porción de terreno fertilizado por abundantes manantiales; y como con la paz el ruido de las armas había cesado en la fabulosa tierra de Crano, Lugo colgó de la espetera tanto la espada como la lanza, en cuya punta había sacado aquella piltrafa de tierra canaria, mucha si se compara con su pobreza, poca si se creyera podría acallar su ambición.

V

Al ruido de las armas, desacorde y aterrador, sucedió el dulce y armonioso que produce la fundación de un nuevo pueblo, y a las voces de alerta y a las armas reemplazaron las de las canturrias de los alarifes, labriegos y pastores; en una palabra,

al imperio de Marte sucedió el de Jano, y aquellos guerreros que habían dejado patria y familia por la aventurera expedición a los Elicios, cambiaron las espadas por los bielgos y el arado; y si con fe y valor habían empuñado aquéllas, con amor y constancia manejaban éstos, no siendo el que menos ni el más lerdo, por cierto, Alonso Fernández de Lugo, porque su ingenio de Agaete fué el primero que dió el delicioso zumo de las cañas, convertido en riquísimo azúcar, y del que decaía Viena se formaba el dulce néctar de las sacras Dioses.

Fundada su casa y hacienda, sólo faltábale al nuevo Cincinato la lumbré del hogar, la compañera de la vida y los renuevos de vid que habían de adornar su mesa de patriarca y poblador. Al efecto, hizo venir de España a su joven esposa, Catalina Xuárez-Gallinato, y a sus hijos; pero como los historiadores sólo mencionan a don Alonso y a don Pedro, no sin fundamento suponemos que la hija, tercer vástago de este matrimonio, llamada doña Beatriz, fué flor abierta en la región canaria, a influjo de su benigno clima y las renovadas caricias de la pareja dichosa.

Mas el ambiente pacífico de Gran Canaria en los primeros tiempos de su población, por lo igual y apacible de su marcha, pronto trajo al ánimo del empuernido guerrero la nostalgia de las expediciones y campos de batalla, y más de un suspiro se escaparía de su pecho varonil y esforzado al ver cómo en la espetera enmohecían las queridas armas, compañeras fieles e inseparables de sus valentías y trabajos. Quizás sentado al alféizar de la ventana de su casa, la silueta de Tenerife que veía con toda distinción en las mañanas de los días claros, cuando el sol nascente reverbera en las nieves del Teide, le hiciera soñar a sus ojos despiertos con su conquista y dominio; pero al retornar la vista al hogar, el movimiento del trajín de la labranza y el semblante de la mujer amada y de los hijos queridos, junto con la placidez de la vida, disiparían las bromas que sus aficiones guerreras le traían a la mente.

Durante esta época de la vida de Fernández de Lugo, dos graves acontecimientos repercutieron en las cinco islas conquistadas. Fué el uno la muerte abovesa que los gomeros dieron a su señor Hernán Beraza con la atroz venganza que de los infelices vasallos tomó el feroz Pedro de Vera, llamado por la dolorida viuda. Si Alonso Fernández de Lugo tomó parte activa en este hecho, ayudando a vindicar la memoria de su amigo, lo ignoramos; pero podemos inferir que le afectaría la noticia de su desastroso fin, porque sabemos que las simpatías y amistades nacidas en los azares de la guerra suelen ser firmes y duraderas. El otro hecho sin duda le preocupó más y haría despertar en su corazón de guerrero los celos y la emulación: refiérome a la expedición que para la conquista de Tenerife alistó en Gran Canaria el gobernador Francisco de Maldonado, sucesor del sanguinario Vera en el gobierno de la Isla; expedición que si se hubiera organizado sin tanto apremio y con algo más de pericia, seguramente no hubiera tenido tan fatal término; ni la gloria de la conquista hubiera recaído en nuestro primer Adelantado. Pero estaba escrito que él había de ser el héroe de esta empresa, y las cosas pequeñas iban llamando el camino al decreto de la Providencia que así lo había ordenado.

En esta sazón de ánimo, la guadaña de la muerte segó la existencia de la única persona que quizás por su respeto le retenía y ligaba a la vida de agricultor que se había impuesto contrariando sus aficiones y aptitudes: la muerte de doña Catalina Xuárez-Gallinato, ocurrida en Agaete y sepultada en Gáldar por los años 1490; le robó el único atractivo que se la hacía llevadera.

Fernando

VI

Sin que sea verdad lo que afirman los historiadores que Alonso Fernández de Lugo, muerta su mujer, realizó su hacienda en Agaete (3), es lo cierto que, a con recursos propios o empeñando esta misma hacienda, que es lo más probable, se trasladó a España, y como entonces la nación se hallaba empeñada en la guerra de Granada, allá se dirigió en busca de los inmortales Reyes que echaron los cimientos de la unidad nacional.

A la verdad no era la ocasión la más oportuna para encontrar ayudas a nuevas empresas; pero al frente de los negocios de Castilla estaba la reina Isabel, y como la conquista de Canarias pertenecía a esta Corona, y a la inmortal heroína no arredraban las dificultades de toda idea grande, oyó benigna a Lugo, le admiró la proposición y en el mismo campamento de Santa Fe se ajustaron las capitulaciones, por las que se concedieron al caudillo las conquistas de las islas de La Palma y Tenerife en las Canarias, únicas del Archipiélago que faltaban reducir a la Corona.

Del contenido de estas capitulaciones, ninguna memoria se conserva; tal vez los originales duerman aún en los archivos nacionales, si no es que el tiempo, ayudado por la incuria, ha favorecido la labor de nuestros abuelos para con estos documentos, al igual que para con otros de gran estima. Pero si nada se sabe de estas capitulaciones, que sin duda sirvieron de modelo a las que poco después se hicieron a Colón y a otros conquistadores del Nuevo Mundo, la Historia nos ha guardado el recuerdo de que tan pronto obtuvo el Adelantado la firma de los asientos, desde Santa Fe se trasladó a Sevilla, su patria más probable, para trabajar en los preparativos de la expedición, fijando cuatro banderas de reclutamiento en los sitios más concurridos de aquella famosa ciudad y en la que comenzó a desplegar los grandes talentos persuasivos con que la Naturaleza le había dotado.

A pesar de que la guerra de Granada llenaba por entero todo el entusiasmo español, manteniendo los ánimos en una tensión guerrera que dos centurias más no pudieron extinguir, las aventuras de la reciente conquista de Gran Canaria, contadas por un testigo ocular y parte principal de ella, no hoy que andar habían de impresionar a los sevillanos, máxime cuando el narrador, a las condiciones ya dichas, una la de compatriota de los oyentes. Sólo así puede explicarse el que en tiempos tan críticos y cuando el botín de Granada halagaba las ambiciones, hubiera podido reclutar Alonso Fernández de Lugo gente de todas las clases sociales para que le ayudaran a una empresa que, tras las privaciones y trabajos consiguientes, sólo ofrecía por recompensa las glorias de la fama, y cuando más algunas yugadas de tierra inculta en el país conquistado, más o menos cabera de ganado guanil y alguno que otro esclavo, que por mucho que valiera siempre mermaría su precio el transporte a los mercados de Europa. Y si a todo esto se une lo misero y exhausto de la caja militar de Fernández de Lugo, constante espina con que la Providencia quiso entretenerle la corona de flores que le destinaba, bien se podrá entender que a las dotes políticas de este hombre atrayente, sólo le faltó un campo más amplio con que ejercitarse con todo lucimiento.

Para estos continuos apuros de la bolsa del Adelantado de Canarias, los autores del siglo XVII no dudaron en echar mano del milagro, medio el más fácil para des-

(3) De su testamento consta que poseyó esta hacienda hasta su muerte.

cifrarles lo que a su vista no tenía explicación, sin tener en cuenta que el don de la fascinación es una de las principales cualidades de los grandes capitanes, a pesar de que bien próximos tenían los ejemplos de Gonzalo de Córdoba y del Duque de Alba. Pero dejando esta consideración para tratarla en el resumen, como su debido lugar, el caso fué que Lugo encontró en Fernando del Hoyo, de la cámara de los Reyes Católicos y caballero de la Espuela Dorada, un gran valedor de su empresa que le facilitó cantidades de dinero, con las cuales, y la ayuda de ciertos mercaderes de Sevilla que se proporcionó por medio de una escritura de compañía, aprontó los navíos bien pertrechados de víveres, armas y municiones, y embarcando en Cádiz con sus reclutas, amigos y deudos, aportó a Gran Canaria en el año 1492.

No dejaría de conocer el alcaide de Agaete que los aprestos hasta allí reunidos no eran suficientes para tamaña empresa; pero él esperaba le ayudarían los que habían sido sus compañeros de armas, y su esperanza no le salió fallida, porque publicado en Gran Canaria el objeto de su expedición y el carácter de que venía investido, todos los que abundaban en sus mismos alientos se agruparon a sus banderas, siendo de los primeros los más distinguidos de los naturales canarios, quienes con el propio don Fernando Guanarteme a la cabeza se pusieron a sus órdenes, pues su carácter valeroso y franco no sólo le había granjeado el afecto de sus compatriotas los españoles, sino también el de aquel célebre personaje indígena, para lo cual no fué obstáculo el que Fernández de Lugo lo hubiese hecho prisionero. Así fué que entre su pequeño ejército de novecientas plazas, contábase hombres de tanta estima como su hijo don Pedro y sus sobrinos Bartolomé y Pedro Benítez; Lope Hernández de la Guerra y sus sobrinos Esteban, Onofre y Juan; Fernando del Hoyo, Juan Fernández Señorino, Pedro de Vergara, Andrés Xuárez-Gallinato y Jerónimo de Valdés (hijos estos dos de Pedro de Algaba); Francisco y Diego Corbalán, Francisco Vilches, Guillén Castellano, Gabriel Scarrás Centellas, Marcos de Monserrat, Pedro Benavente Cabeza de Vaca, comendador de Santiago y veinticuatro de Jerez; Miguel Martín, Antón Viejo, Fernando de Liarena, Martín de Alarcón, Alonso de la Peña, Alonso Sahmarina, canónigo de Gran Canaria, y el dominico Fray Luis de Lugo, su propio hermano. Pero si la flor de los españoles era numerosa, como se ve en la anterior relación, no era despreciable tampoco la canaria, porque en ella, a más de don Fernando, se sabe tomaron parte Pedro Maninidra, Gonzalo Méndez, Pedro Mayor, Pedro Hervás, Ibón de Armas, Juan Dara Duntidana, Juan Pascual y otros de no menor cuenta por su valor temerario, grande inteligencia y honrada fidelidad a la causa de España, de la que ya se consideraban honorables miembros.

Político y cortés, Fernández de Lugo propuso a sus compañeros sus proyectos y medios, y habido consejo determinóse se comenzara la expedición por la isla de La Palma, pues si bien era más enristada y montuosa que la de Tenerife, no era tan grande ni estaba tan poblada; con lo cual en los dos navíos y en una fragua de transporte condujo al ejército conquistador a la rada de Tzacorte, situada al sur de la isla, desembarcando en ella el 29 de septiembre de 1492, por lo que tituló a la tierra San Miguel de La Palma, a más del estímulo que para imponerle este nombre tuviera por la gran devoción que al Príncipe de las Milicias Celestiales profesaba, como se dirá más adelante.

(Continuará)